



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE222225

SUPLEMENTO
Vida Nueva

Hijas de la madre Tierra



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI

GABRIELLA BOTTANI

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEK

CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

AMY-JILL LEVINE

GRAZIA LOPARCO

MARINELLA PERRONI

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ

CAROLA SUSANI

RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano

(traducción de ÁNGELES

CONDE) se distribuye de forma

conjunta con VIDA NUEVA y

no se venderá por separado

www.ossevatoreromano.va

En 2005, en el corazón de la selva amazónica, la hermana **Dorothy Stang** fue asesinada de seis disparos. Denunciaba la deforestación ilegal, luchaba por la justicia ambiental como un derecho humano, defendía a los campesinos pobres y daba cursos para formar a las mujeres, ayudándolas a tomar conciencia de sus derechos sociales y de las políticas públicas sobre salud, maternidad y sexualidad. Tenía 73 años, había nacido en Estados Unidos y llegó a conseguir la ciudadana brasileña. Todos la conocían como **Irmã Dorote**. Vivía entre la gente, hablaba su lengua, plantaba árboles y educaba en el cuidado de la Tierra. Su historia vuelve a la memoria en este mes de noviembre, en el que se celebra el Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres, y tiene lugar además la conferencia mundial sobre el clima más importante de la década en un escenario profundamente simbólico: la Amazonía, el pulmón verde del planeta atacado cada día por saqueos, incendios y extractivismo ilegal.

Hay un paralelismo que nos interpela con fuerza. Un cuerpo femenino, el de la Tierra, herido como lo están tantos cuerpos de mujeres. Dos heridas distintas, pero nacidas del mismo paradigma: un modelo de dominio que reduce al otro a un objeto que se puede consumir, explotar o poseer. De esta toma de conciencia surge una de las fuerzas más profundas de cambio. Para muchas mujeres, el cuidado de la Tierra no es solo una responsabilidad ética o espiritual, sino una práctica cotidiana, una forma de resistencia, un acto político. El compromiso ya no se limita a los espacios separados de la militancia tradicional, sino que se traduce en acciones concretas en los territorios afectados por la degradación ambiental. Es la misma energía que las impulsa a defender sus cuerpos, sus comunidades, sus tierras.

Mientras Brasil ha acogido este mes en Belém la COP30, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de 2025, y los grandes líderes del planeta se han reunido para decidir el futuro climático global, →

surge con fuerza una pregunta: ¿qué lugar ocuparán las mujeres en estas decisiones cruciales? La cuestión no es secundaria. Las mujeres representan el 70 % de las personas pobres del mundo y son las primeras en sufrir los efectos devastadores del cambio climático. Y en las mesas internacionales de negociación su voz sigue siendo ignorada o marginada, en debates dominados por hombres con la mentalidad que ha separado artificialmente a la humanidad de la naturaleza transformando la Tierra de patrimonio común en recurso a explotar. Los movimientos de mujeres de todo el mundo trabajan para que Belém marque un punto de inflexión. Desde la Amazonía llega uno de los testimonios más poderosos de resistencia. En el corazón palpitante de la selva, donde cada árbol talado es una respiración menos para el planeta, una red extraordinaria de mujeres está escribiendo una de las páginas más inspiradoras del activismo ecológico contemporáneo. Son las activistas de la Red Eclesial Panamazónica (REPAM) y las comunidades locales que han hecho de la defensa de la Casa Común su misión cotidiana.

Para estas mujeres, la protección de la selva alcanza cada aspecto de la vida. Su activismo se alimenta de la energía vital del bosque, del murmullo de los ríos y del canto de los pájaros. Cada gesto de defensa ambiental se convierte en un acto político concreto, en una práctica de cuidado colectivo. Desde la Amazonía llegan muchas voces poderosas. La de **Patricia Gualinga**, defensora de los derechos humanos de las mujeres y de los derechos indígenas del pueblo kichwa de Sarayaku, en Ecuador. La de **Juma Xipaiá**, líder del pueblo xipaya y primera mujer en ocupar el cargo de jefa de la región del Medio Xingu, en Brasil. La de **Giovanna Llerena Alfaro**, que desde hace años vive entre las comunidades indígenas del Bajo Urubamba, en Perú, trabajando con los matsigenkas, asháninkas, kakintes y nantis. Y muchas otras que, a lo largo de los ríos llegan a comunidades aisladas para ofrecer apoyo concreto y denunciar con valentía la contaminación de las aguas, la deforestación salvaje y las dificultades de acceso a los recursos esenciales.

Más allá de la Amazonía

Esta revolución no se limita a la Amazonía. En África, **Wangari Maathai** demostró que plantar árboles podía ser un acto revolucionario y de pacificación, tanto que recibió el Premio Nobel de la Paz en 2004. Para ella, cada semilla era un ges-



to de esperanza concreta para el futuro. Hoy, en todo el mundo, mujeres valientes lideran la lucha por la justicia climática, haciendo del cuidado ambiental un activismo integral. Líderes como las indígenas **Sónia Guajajara** en Brasil y **Joan Carling** en Filipinas, o como **Vandana Shiva** en la India, predicen desde hace décadas una relación armoniosa con la naturaleza.

¿Qué une a todas estas mujeres? La capacidad de ver más allá del beneficio inmediato, de pensar en términos generacionales, de concebir la Tierra no como una propiedad, sino como una herencia colectiva que debe ser protegida. Es lo que los estudiosos llaman “pensamiento del cuidado”: una forma de pensar que privilegia las relaciones, la sostenibilidad y la vida misma, por encima de la acumulación de riqueza. Es esencial que las voces femeninas no sigan siendo marginadas en los procesos de decisión, porque la crisis climática es una crisis de representación.

Allí donde las mujeres tienen voz en las decisiones medioambientales, los resultados en términos de sostenibilidad

son mejores. Según la FAO, los bosques gestionados por comunidades locales con una fuerte presencia femenina presentan tasas de deforestación un 36% menores que aquellos bajo control gubernamental o privado. Las cooperativas agrícolas dirigidas por mujeres en Kenia han aumentado su productividad entre un 20% y un 30% gracias a la adopción de técnicas de agricultura sostenible, según datos del Banco Mundial.

En los proyectos de gestión del agua en la India, donde las mujeres ocupan puestos de decisión, la eficiencia en el uso de los recursos ha sido un 40% superior a la de los proyectos gestionados exclusivamente por hombres. El desafío ahora es transformar estas experiencias locales en políticas globales. La COP30 es una ocasión crucial para dar un espacio a estas voces como protagonistas de las decisiones. Porque el cambio climático no puede afrontarse sin la plena participación de quienes sufren sus consecuencias y han desarrollado estrategias innovadoras para combatirlo.

“Juma Xipaia lucha por todos”

Una líder indígena se cuela en el documental de DiCaprio

“Estoy dispuesta a morir por mi pueblo”. Habla una mujer sin miedo, defensora del medio ambiente y voz de quienes no tienen voz. Se llama **Juma Xipaia**, nació en Brasil hace 34 años, tiene cuatro hijos y vive en la Amazonía. Desde allí, lucha por la defensa del bosque y del territorio, por los derechos de los pueblos indígenas y contra la corrupción. Su valiente activismo le ha costado seis intentos de asesinato de los que ha logrado escapar milagrosamente, aunque durante un tiempo se vio obligada a trasladarse primero a Suiza y luego a Asís. De regreso en Brasil, ha continuado su lucha presentándose en público con el rostro pintado con símbolos tribales y un imponente tocado de plumas. Su voz hoy se escucha en todo el mundo: sus denuncias han llegado a las Naciones Unidas, y hasta una estrella ganadora del Óscar como **Leonardo DiCaprio** apoya su causa. El actor, que ha combinado su carrera cinematográfica con el activismo ambiental, coprodujo *Yanumi*, el poderoso y poético documental de **Richard Ladkani** dedicado a Xipaia, y lo presentó el pasado junio en el Tribeca Festival de Nueva York,

desfilando por la alfombra roja junto a la protagonista. “En medio de las amenazas que se ciernen sobre la Amazonía brasileña, Juma se levanta con valentía, resistencia y esperanza. No solo por su pueblo y su territorio, sino por un movimiento global de resistencia que va mucho más allá del bosque”, dijo DiCaprio. “No es solo una líder. Encarna la resistencia indígena, no únicamente por su pueblo, sino por todos nosotros”.

Más democratizado

La última aparición pública de Juma Xipaia, el pasado mes de julio, fue durante la vigilia que cientos de ciudadanos realizaron frente al Palacio Presidencial de Brasilia para instar al presidente Lula da Silva a bloquear el llamado “Proyecto de ley sobre la devastación”, una medida destinada a revocar las licencias ambientales y abrir la puerta a una destrucción industrial incontrolada que pondría en grave riesgo a las antiguas comunidades indígenas de todo Brasil. Xipaia también habló sobre la COP30. El objetivo del encuentro será debatir soluciones comunes, reforzar el multilateralismo y promover el consenso



sobre los objetivos globales para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. “Este encuentro debe ser cada vez más democratizado”, aseguró Juma. “Debe incluir la participación de niños, jóvenes y ancianos. Las comunidades no solo deben ser escuchadas, sino también implicadas en las decisiones cruciales para nuestro presente y, sobre todo, para el futuro”.

A sus palabras se sumó Leonardo DiCaprio: “A través del documental *Yanumi*, queremos enviar un mensaje a la COP30 y a los líderes mundiales: ha llegado el momento de otorgar recursos y poderes reales, así como un reconocimiento duradero a los pueblos indígenas, porque arriesgan todo para proteger los ecosistemas de los que todos dependemos”.

Licypriya, nueva voz del clima

De la India a la Onu, es una activista de la Casa común

en Manipur, en el noreste de la India, sigue viajando por el mundo para pedir a los poderosos de la Tierra algo simple pero revolucionario: actuar ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Su historia comienza en 2018, cuando acompaña a su padre a Mongolia, a una conferencia de las Naciones Unidas sobre desastres. Allí, con solo siete años, Licypriya se enfrenta cara a cara con las consecuencias devastadoras del cambio climático. Ve las imágenes y escucha los relatos de comunidades destruidas y de vidas truncadas. Y entonces algo dentro de ella se enciende. De regreso en la India funda el Child Movement, un movimiento global por la justicia climática que también abarca la lucha contra la pobreza y la defensa de los niños víctimas de conflictos. Porque para ella todo está conectado ya que la crisis climática es una cuestión de

derechos humanos, de justicia social, de supervivencia de los más vulnerables.

Crecer en la India significa enfrentarse cada día a la contaminación del aire. Las ciudades indias se cuentan entre las más contaminadas del mundo y miles de personas mueren cada año por enfermedades relacionadas con el smog. “Nuestros gobiernos están ocupados culpándose unos a otros en lugar de encontrar soluciones a largo plazo para la contaminación atmosférica mortal. Los niños no pueden salir de casa en Delhi. Deben actuar ahora, o de lo contrario nuestro futuro morirá”, denuncia Licypriya. A los ocho años inventa el Sukifu (Survival Kit for the Future): un respirador simbólico conectado a una mochila transparente llena de plantas, construido con materiales reciclados. No funciona realmente, pero es una imagen poderosísima.



Cuando tenía seis años **Licypriya Kangujam** comprendió que el mundo la necesitaba. No era un juego o una fantasía infantil. Fue una toma de conciencia que la llevó a convertirse en una de las voces más jóvenes y valientes en la lucha global contra el cambio climático. Hoy, con catorce años, esta joven nacida

PATRICIA GUALINGA:
Voz de Iglesia en la COP30

“El bosque tiene derechos como tú”

LUCIA CAPUZZI

“Las comunidades no son inmunes al machismo. Al contrario...”. La afirmación, pronunciada con su habitual energía, no ha desanimado a **Patricia Gualinga**, una de las voces más reconocidas de la resistencia amazónica. A comienzos de los años 2000, el avance de las concesiones petroleras en Ecuador y en el territorio de su pueblo –los sara-yaku– la llevó a ponerse en primera línea. Aún no había cumplido los treinta años y era directora de la oficina regional de Turismo. Patricia Gualinga dejó su trabajo y la ciudad para unirse a la lucha no violenta que, en 2012, llevaría a la Corte Interamericana de Derechos Humanos a condenar al Estado ecuatoriano, obligando a Quito a dar marcha atrás. Con aire de princesa indígena, mirada firme y larguísimos cabellos negros, trece años después sigue luchando por *Kawsak Sacha*, la selva viviente y todas sus criaturas.

Lo hace como vicepresidenta de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) y como representante permanente en el Foro de las Naciones Unidas sobre Cuestiones Indígenas. Por su compromiso ha sufrido ataques y amenazas que la obligan “a tomar algunas precauciones más”, dice restándole importancia. “Somos una familia de luchadores, los Gualinga”, sonríe. Sus padres fueron activistas, al igual que su hermana **Noemí** y sus sobrinas **Hele-na** y **Nina**. Pero Patricia tuvo un vínculo especial con su padre, **Sabino**, chamán y primer catequista y ministro de la Palabra Sarayaku. “Fue un maestro de vida y de fe.



Me enseñó que no existe conflicto entre la tradición indígena y el Evangelio. Hay un solo Dios, Padre y Creador, como nos enseña **Jesús**. No podemos verlo, pero está presente en todas las cosas, empezando por la naturaleza. Esta última no es una divinidad, ni lo son los ríos, la tierra o los árboles. Mi padre, como chamán, a través de los sueños y las visiones, lograba comunicarse con el bosque y aliviar los sufrimientos de los enfermos, del cuerpo y del espíritu. Nunca se confundió: Dios –sabía y nos repetía– trasciende todo y a todos”.

Mujer e indígena. Usted ha tenido que enfrentarse a un doble prejuicio para convertirse en una líder respetada dentro y fuera de su comunidad. No debe de haber sido fácil...

No, fue muy complicado lograr que me escucharan. Como decía, incluso entre los pueblos indígenas existe una fuerte desconfianza hacia los liderazgos femeninos. Se pesa a las mujeres en una balanza calibrada sobre la perfección. Con los hombres no ocurre lo mismo. A nosotras se nos exige ser y dar siempre el máximo, no se nos perdona el más mínimo error. En mi caso, me favoreció venir de una familia “fuera de lo común”: generaciones y generaciones de activistas. Tuve el apoyo de mis padres, y eso fue determinante.

¿Cree que lo femenino está de algún modo asociado a la naturaleza?

Las mujeres tenemos una sensibilidad especial para “sentir” al otro. Eso nos hace

más abiertas, más receptivas desde el punto de vista espiritual. Y nos ayuda a conectarnos más fácilmente con la naturaleza.

¿Cómo se logra “conectarse” con la naturaleza?

Como pueblos indígenas tenemos “canales”, pequeñas “puertas” que nos permiten asomarnos al bosque y a sus criaturas. Pero no garantizo que funcionen con los occidentales (ríe)... El principal medio son los sueños. A través de su interpretación podemos entender lo que la naturaleza quiere decirnos. Por ejemplo, si soñamos con un recién nacido, sabemos que es la forma en que nos habla la yuca, el alimento principal de los sarayaku. Si el bebé dice “mamá”, es una señal de que la cosecha está creciendo bien. En cambio, si llora o está triste, significa que hay algún problema en la tierra o en la siembra.

Las aguas de los ríos se manifiestan en los sueños como personas adultas y pueden hacernos comprender dónde conviene pescar o dónde es mejor no hacerlo debido a la contaminación. No todo es claro ni matemático. Los sueños deben analizarse e interpretarse. Los chamanes aprenden a hacerlo a través de una vida de estudio, disciplina y sacrificio –por ejemplo, no pueden casarse hasta estar completamente formados–, para afinar los sentidos y percibir incluso cuando la naturaleza apenas susurra. Y ayudan a los demás a hacerlo. Me refiero a los verdaderos chamanes.

¿Su pueblo cree que todos estamos conectados por lazos invisibles. ¿Qué significa eso?

Los ecosistemas están vinculados entre sí por lazos que la mirada común no percibe. A través de esos canales imperceptibles fluye la energía espiritual que los regenera continuamente y mantiene el equilibrio de todo. Lo hemos dicho siempre, pero nadie nos escuchaba. Ahora, sin embargo, la ciencia empieza a estudiar las conexiones entre plantas, aguas y entornos.

¿Y cuando uno de esos lazos se rompe?

La vida empieza a morir, porque la fuerza regeneradora deja de fluir con facilidad. Y comienzan los desequilibrios: la Amazonía corre el riesgo de transformarse en una sabana, las montañas se erosionan, los ríos se secan. Los lazos que nos unen son como una telaraña: si se rompe uno, todo el diseño se destruye. A menos que la araña vuelva a tejerla. Eso requiere tiempo, mucho tiempo. Y el planeta ya no lo tiene.

¿Qué espera de la cumbre de la ONU sobre el Cambio Climático (COP30)?

Espero que la Amazonía sea reconocida como sujeto jurídico. Ese es el sueño que muchos delegados de los pueblos origina-

rios llevaremos a la cumbre, donde estamos decididos a suponer una influencia real.

Sujetos jurídicos

¿Qué es ‘Kawsak Sacha’, la selva viviente?

No es un modelo diseñado en un despacho. Es una propuesta de protección de la Casa común que el pueblo sarayaku ha desarrollado a lo largo de su historia ancestral. Pedimos que ciertos lugares cruciales sean reconocidos como sujetos jurídicos, y que no puedan ser explotados por el mercado, ni nacional ni internacional. Además, su protección y conservación deben confiarse a quienes los han cuidado desde siempre: los pueblos indígenas.

¿Cree que las sociedades occidentales están preparadas para escuchar su propuesta?

Nunca lo han estado. Sin embargo, el momento actual es crítico. No existe un “planeta B”. Frente a la catástrofe inminente, los pueblos indígenas vuelven a ofrecer lo más sagrado de su cultura: la interconexión entre los seres vivos. Si el resto del mundo insiste en negarse a escucharlos, el resultado será el desastre. Los occidentales deben abrir su mente, prisionera de un exceso de racionalidad, para comprender que son parte de la naturaleza, y que destruirla equivale a autodestruirse.

¿La escuchan ante las Naciones Unidas?

Bueno... como formo parte del Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas, están obligados a escucharme. Se me ha brindado una oportunidad importante para llevar la voz, no solo del pueblo sarayaku, sino de todos los pueblos indígenas de América Latina, al escenario global.

¿Y la Iglesia católica? Durante el Sínodo sobre la Amazonía, usted –que participó en él– la invitó a escuchar. ¿Lo está haciendo?

Creo que sí. Soy vicepresidenta de la Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA), que es uno de los frutos del

Sínodo. Durante la Asamblea hablamos de la importancia de que la Iglesia desinvierta en aquellas estructuras económicas que destruyen el medio ambiente, y lo está haciendo. El proceso continúa. No tan rápido como quisieramos, pero avanza. Creo que todo sucede a su debido tiempo, que es el tiempo del Creador, no el nuestro.

Al igual que sus padres, es católica. Y como ellos, une la cultura y la espiritualidad indígena con la fe en Cristo.

Lo repito: no hay contradicción. La espiritualidad indígena se ocupa de lo que está dentro de la naturaleza. La católica mira hacia lo trascendente. La unión entre estos dos “universos” nos ayuda a crecer como indígenas y como católicos. Como indígenas, porque sentimos aún más sagrada la casa común, al reconocerla como un don del Padre. Y como católicos, porque nos comprometemos a proteger la Creación que Dios nos ha confiado.

Si compromiso con la Amazonía le ha traído críticas, incomprensiones e incluso amenazas de muerte. ¿La fe la ha ayudado?

La fe me ayuda cada día. En los momentos de dificultad, rezo al Espíritu para que me infunda paz y valentía. Y para reencontrarla, me sumerjo en la naturaleza, llena de su fuerza vital.

Si tuviera que aconsejar a una mujer occidental, preocupada por el planeta, por dónde empezar para convertirse en agente de cambio, ¿qué le diría?

Le diría que trate de ver la naturaleza desde otra perspectiva. Nos han enseñado que todo es mercado, pero eso no es verdad. El dinero es necesario para vivir, sí, pero hay cosas que no pueden comprarse ni venderse. La Casa común es una de ellas. Para “sentirlo” de verdad, no solo entenderlo racionalmente, debemos reconectarnos con los árboles, el agua, los animales, el cielo.





Black Mambas

Black Mambas, las guardianas

Entre manglares y ciudades, las mujeres encarnan historias de resistencia cotidiana

En la comunidad costera de Tsokomey, en Ghana, **Beatrice Nutekpor** se sumerge en el agua con las manos expertas que plantan jóvenes manglares. Su gesto es un acto de resistencia. Beatrice cría ostras que entre los manglares encuentran un refugio seguro. Pero los manglares, fundamentales para la biodiversidad y la protección de las costas, están siendo diezmados por el cambio climático y la explotación del suelo. Criar ostras es una tradición familiar que Beatrice mantiene desde que tenía 15 años. A sus 45, lucha por mantenerla viva y transmitirla a su hija: “Así como mi madre me enseñó este oficio, yo quiero enseñárselo a ella, para que pueda enseñárselo a su hija”. Entre los manglares costeros de Ghana, la cría de ostras ha sido siempre una fuente esencial de sustento gestionada por mujeres. Cientos de ellas han sido formadas en métodos ecológicamente sostenibles. Gracias a sus actos de resistencia, las ostras vuelven a aferrarse a las raíces de los manglares y los peces comienzan de nuevo a poblar la costa.

A miles de kilómetros de distancia, entre los matorrales y las sabanas del Parque Nacional Greater Kruger, en Sudáfrica,

las Black Mambas patrullan los senderos con silenciosa determinación. Son el primer equipo anticaza furtiva del mundo compuesto exclusivamente por mujeres. Nacidas en 2013 para proteger la zona más afectada del planeta por la caza furtiva de rinocerontes, han logrado reducir el fenómeno en un 70%. En un entorno dominado por hombres, desarmadas pero apoyadas por patrullas a distancia, caminan día y noche unos veinte kilómetros, rastreando el territorio en busca de trampas y huellas de cazadores furtivos. “No tengo miedo, sé lo que hago y sé por qué lo hago”, dice la guardabosques **Leitah Mkhabela**. “Quiero que mi hijo vea un rinoceronte. Si se encuentran con los cazadores furtivos, díganles que estamos aquí y que son ellos los que están en peligro”.

Programa de sensibilización

No se trata solo de proteger a los rinocerontes: es una batalla cotidiana para salvaguardar el equilibrio de ecosistemas enteros, fundamentales para la supervivencia de las comunidades locales. Pero son esas comunidades el origen de gran parte de los cazadores furtivos. Por eso, las Black

Mambas trabajan para crear una nueva cultura desde la infancia, mediante un programa de sensibilización en las escuelas.

En Senegal, grupos de mujeres avanzan juntas por las calles del centro de Dakar. Llevan pancartas y gritan con voz firme. Protestan contra la extracción de gas en los yacimientos de Sangomar, denunciando la injusticia climática que golpea a África. Aunque el continente es responsable de menos del 4% de las emisiones globales, sufre las inundaciones, las sequías y las hambrunas más graves. Su marcha es un gesto político con el que exigen que las decisiones sobre el futuro climático sean tomadas también por quienes más padecen sus consecuencias. La misma demanda surge desde el Sahel, donde **Hindou Oumarou Ibrahim**, activista de la comunidad nómada Mbororo de Chad, combina saberes indígenas y tecnología moderna. A través de la cartografía 3D, demuestra cómo las prácticas tradicionales pueden proteger territorios vulnerables y garantizar la seguridad alimentaria y el acceso al agua limpia. Fundadora de la Asociación de Mujeres y Pueblos Indígenas de Chad y presidenta del Foro Permanente de las



de África

FEDERICA RE DAVID

Naciones Unidas sobre las Cuestiones Indígenas, Hindou tiene una misión clara: incluir a las mujeres locales en los procesos de decisión y reconocer su papel central en la protección del medio ambiente.

Porque las mujeres, en las zonas rurales del Sahel como en el resto de África, se ven afectadas de manera desproporcionada por la crisis climática, y al tiempo están excluidas de los procesos de toma de decisiones. Son ellas quienes desempeñan un papel crucial en la protección y restauración de los ecosistemas. Algunas han tenido un gran impacto en la lucha contra la desigualdad de género y los efectos de la crisis climática. La principal fuente de inspiración es **Wangari Maathai**, “la mujer de los árboles”, la primera mujer africana en recibir el Premio Nobel de la Paz. En su país, Kenia, trabajó para detener la destrucción de los bosques y las tierras, y luchó por la democracia y los derechos de las mujeres. En 1977 fundó el Green Belt Movement, con el objetivo de permitir que las campesinas de las aldeas rurales plantaran árboles y adquirieran las herramientas necesarias para mejorar el medio ambiente. Gracias a su movimiento, en

Kenia se han plantado más de 51 millones de árboles y más de 30.000 mujeres han recibido formación en gestión de los recursos naturales. Wangari Maathai murió en 2011, a los 71 años, pero su legado sigue vivo. “No se necesita un gran número de personas para lograr un cambio verdadero –decía–. Cuando muchas cosas parecen ir mal, es fácil sentirse abrumados, pero no se necesita un ejército, cada uno de nosotros puede ser un agente del cambio”.

Huella imborrable

Dejó una huella indeleble enseñando que la defensa del medio ambiente y la lucha por los derechos de las mujeres pueden avanzar juntas. Ese es el camino que siguen hoy las nuevas generaciones de activistas feministas medioambientales, como **Nourhene Ghanmi**, de 23 años, vicepresidenta del movimiento Youth For Climate Tunisia. “Es crucial para nuestra supervivencia –explica– que, como jóvenes líderes, presionemos a nuestros gobiernos para que declaren la emergencia climática. Es importante promover la conciencia, y al mismo tiempo mantener la esperanza de que aún podemos salvar el planeta”.

Vanessa Nakate, de 29 años, es ugandesa. Comenzó a luchar por la justicia climática en 2019 con una protesta en las calles de Kampala, inspirada por **Greta Thunberg**. Al igual que ella, salió a manifestarse cada semana, convirtiéndose en uno de los rostros del movimiento global de jóvenes por el clima. Su fama estalló el día en que alguien decidió borrarla: en 2020, en Davos, fue recortada de una foto de una agencia de noticias internacional –que luego pidió disculpas– en la que aparecía junto a Greta Thunberg y otras activistas por el clima. Todas eran blancas. “Es la primera vez en mi vida que entiendo la definición de la palabra racismo”, dijo Vanessa en un video publicado en redes sociales. “No solo eliminaron una foto, eliminaron todo un continente”. “Esto es completamente inaceptable, punto”, respondió Greta en *Twitter*. Un año después, Vanessa recuperó mucho más de lo que le habían quitado. *Time* le dedicó una portada y la incluyó entre los 100 Next, la lista de los jóvenes más influyentes del mundo. Convertida en Embajadora de Buena Voluntad de UNICEF, Vanessa Nakate recordó: “Como mujer joven africana, tuve que luchar para que los medios y los responsables políticos me escucharan”, y prometió seguir luchando por los demás, especialmente por los niños que están en primera línea de la crisis climática. Por eso fundó Rise Up Movement, una plataforma que da voz a los activistas climáticos africanos y que se propone “erradicar la pobreza, la violencia de género, la trata de personas y el abuso infantil”. Además, ha lanzado un proyecto para instalar paneles solares en las escuelas rurales de Uganda con el objetivo de ofrecer energía limpia y oportunidades a las nuevas generaciones.

Inna Modja, maliense-francesa, libra su batalla a través del arte. Cantautora, actriz y activista, es Embajadora de la Tierra para la Convención de las Naciones Unidas de Lucha contra la Desertificación. Es también la protagonista del documental Great Green Wall, que narra el sueño de la Gran Muralla Verde concebido en 2007 por la Unión Panafricana y hoy respaldado por las Naciones Unidas y el Banco Mundial: un “muro” de árboles de ocho mil kilómetros que se extendería desde Dakar hasta Yibuti para frenar la desertificación y el hambre. Inna –quien compuso la banda sonora del film y recorrió Senegal, Mali, Nigeria, Níger y Etiopía– cuenta: “He visto mujeres extraordinarias realizar un trabajo que, empezando por sus familias, transformará las comunidades, los países, el continente”.

“**M**adre Tierra. Es hermoso que esta expresión sea patrimonio común de tantos pueblos. Empezando por los irlandeses, de quienes desciende mi familia. Los seres humanos somos *Adam* hijos de la tierra de la que estamos hechos. Después de habernos engendrado, nos alimenta y nos acoge de nuevo cuando morimos. En la Tierra está el aliento del Dios Creador. Gracias a este vínculo especial, tenemos dentro las llaves para entrar en contacto con nuestra madre. Pero es como si la cultura occidental las hubiera perdido, por eso es indiferente a su sufrimiento”. Décadas de convivencia con las comunidades aborígenes han ayudado a **Adele Howard** a reabrir esas puertas. Religiosa del Instituto de las Hermanas de la Misericordia y teóloga, fue una de las primeras en Australia en trabajar con los pueblos nativos, aún dolientes por las heridas de la colonización que intentó borrar su cultura e identidad. Una injusticia en la que participaron también las Iglesias cristianas –un pecado por el que **Juan Pablo II** y **Francisco** han pedido perdón–.

Del encuentro con los aborígenes, Howard ha madurado una reflexión teológica profunda e innovadora. El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral la llamó a participar en la investigación “Hacer teología desde las periferias existenciales”, dirigida por **Sergio Massironi**, coordinando el grupo de Oceanía. *¿Qué la llevó a recoger el grito de dolor de la Tierra?*

En inglés, mi lengua, existen dos palabras para definir la tierra. La primera es *land*, y se emplea para describir sus características físicas o socio-políticas. La otra es *earth*, la que se repite a menudo en la versión original de mi libro. Se refiere a la Tierra como sinónimo de Creación, al conjunto de los seres vivos que la habitan, la modelan con sus historias y a su vez son modelados por ella. Mi investigación teológica parte de una experiencia concreta: la sensación de alimento, de energía, de fuerza que siempre experimento al mirar el océano, al escalar un sendero de montaña, al contemplar el cielo. No es solo bienestar. No se trata de recibir sensaciones positivas de forma pasiva.

¿Qué quiere decir?

Hablo de un sostén íntimo, un impulso hacia la acción. Algo parecido a lo que siento en la oración profunda. Esta cons-



ADELE HOWARD: *Reconectar con toda la Creación*

Sabiduría indígena para salvar la Tierra

tatación se convirtió en una pregunta insistente y en el motor de mi investigación teológica. En general los aborígenes no comprenden esta pregunta porque ellos son educados desde siempre a percibir lo sagrado de la Tierra. Sienten lo mismo que yo, pero lo sitúan en un horizonte cultural en el que la interconexión entre los seres vivos es esencial. Para mí fue necesario un viaje espiritual de cuarenta años. No digo que haya encontrado las respuestas, pero ese camino me ayudó a entrar en el misterio del Espíritu que anima la Creación, del Padre Creador y del Hijo, su revelación. A través de la naturaleza, Dios nos llena de su energía vital.

Lenguajes distintos

En los últimos cuarenta años ha viajado por las regiones más remotas de Australia y del resto de Oceanía para encontrarse con los aborígenes. ¿Qué ha aprendido de ellos?

Que mi racionalidad occidental y mis fundamentos filosóficos son limitados. Que mis conocimientos son apenas una rendija diminuta desde la cual mirar la totalidad de la Creación. Conocer la sabiduría indígena me ayudó a ampliar esa visión. En una de las primeras ocasiones, me encontraba en una aldea aborigen de Queensland. Ante mi pregunta sobre qué significaba para

el la sacralidad de la Tierra, un anciano me llevó ante un estanque y me dijo: “Él está aquí.” Le pregunté a quién se refería. “La serpiente del arcoíris”, respondió. “¿Y cómo lo sabes?”, añadí. Me miró fijamente, y comprendí que hablábamos dos lenguajes distintos. No encontraba las palabras para comunicarme con él. Me di cuenta de que, a pesar de mis estudios filosóficos y teológicos, debía tener la humildad de volver a aprender el alfabeto.

¿Y entonces?

La escucha fue fundamental. Pasé innumerables noches sentada sobre la arena del desierto escuchando sus historias. Ellos conocen la “biografía” de cada árbol, de cada montaña, de cada piedra, y las sienten indisolublemente unidas a las suyas. Así como yo leo libros, los nativos leen constantemente la tierra, el cielo, los ríos, cada rincón de la naturaleza. Poco a poco me enseñaron a hacerlo y así comencé a percibir los susurros de la Creación, sus lágrimas, que son las mismas que las de los pobres. Los aborígenes entran en comunicación con ella a través de los sueños. Yo recurri a mi formación teológica y espiritual, y la puse en relación con mis nuevos conocimientos. Eso me permitió comprender con mayor profundidad cómo el Creador –el Padre bueno que nos revela **Jesús**– quiso

conectarnos con la casa común desde el mismo Big Bang. Su Espíritu, que la anima, nos lo recuerda. Los encuentros con los pueblos nativos me han hecho crecer en una comprensión auténtica –no solo racional– de la Revelación.

¿Cómo están relacionados el grito de la Tierra y el grito de los pobres?

Quienes tienen menos recursos son los más indefensos frente al calentamiento global y a las catástrofes medioambientales que este provoca. Estuve en Tuvalu, en el marco del proyecto sobre la “Teología de las periferias” de la Santa Sede, y quedé profundamente impresionada por la angustia con la que las familias viven el aumento del nivel del océano. La sal envenena sus campos y ya no logran obtener cosechas suficientes para alimentar a sus hijos. Se trata de una amenaza existencial. ¿Cómo podría, como cristiana, permanecer indiferente ante todo esto?

Muchos creyentes no consideran la protección del medio ambiente una cuestión de fe.

De ahí la necesidad de profundizar teológicamente en un tema tan crucial para nuestro tiempo. Es una contradicción declararse católico, ir a misa los domingos y no sentirse en el deber de hacer algo por la Casa común. ¿Cómo se puede creer en un Dios Creador y no sentir la responsabilidad de proteger lo que Él nos ha confiado?

Como a Caín, el Padre nos pregunta: “¿Dónde están tus hermanos?”, es decir, la Creación entera, los seres humanos y la naturaleza. *Laudato si’* fue una piedra angular en este proceso de toma de conciencia y los discursos del papa **León XIV** nos animan a continuar. Debemos avanzar desde la escucha humilde de quienes viven en carne propia los efectos de la crisis. Es

un ejercicio al que nosotros, los occidentales –incluidas las Iglesias–, no estamos muy acostumbrados. Pero nos hace bien. El Sínodo lo confirma.

¿Cómo ayudar a los creyentes –y a todas las personas– a cambiar su paradigma hacia la naturaleza y a actuar para frenar la crisis?

No podemos dejar solos a los científicos. Tenemos una necesidad urgente de escritores, cineastas, periodistas, poetas, artistas, influencers, podcasters y músicos que hagan oír los gritos de la Tierra y de sus criaturas a quienes no saben o no quieren escuchar. Y también de sacerdotes, religiosos y religiosas, teólogos, obispos, catequistas. Las Iglesias deben poner todo su empeño en hacer comprender que estamos destruyendo el don de Dios. Solo así lograremos salvarnos. Hasta ahora hemos sido nosotros, los seres humanos, quienes hemos causado el problema. Creo que podemos ser también parte de la solución. *Los poderosos parecen poco receptivos, a pesar de la amenaza cada vez más evidente.*

Debemos comprometernos aún más.

Resurrección

¿De dónde saca fuerzas para continuar?

De Jesús Resucitado. La Resurrección es una energía que se autoregenera. Nos da fuerza para seguir lanzando el grito de la tierra y de los pobres. Y puede abrir los oídos para que muchos presten atención.

¿Cómo está viviendo su instituto de forma concreta la conversión ecológica?

Hemos intentado llevar la *Laudato si’* a la vida cotidiana, tanto en la gestión de nuestras actividades como en la formación continua de las religiosas y de todo el personal, con una atención especial hacia los estudiantes y las maestras de nuestras

escuelas. También realizamos acciones concretas: con las hermanas vamos regularmente a recoger basura a la playa, organizamos caminatas en la naturaleza y plantamos árboles. Mi congregación se ha fijado el objetivo de plantar mil –el número más alto entre las religiosas australianas–. Son gestos importantes. Pero no son suficientes si no intentamos contagiar a más y más personas para que se unan en la defensa del planeta. Por eso, la educación en la ecología integral, a todos los niveles, es la parte central de nuestro compromiso. *¿Por dónde empezar a cambiar?*

Por nosotros mismos. Una palabra clave es “humildad”. Es la arrogancia la que nos impulsa a considerar la naturaleza como una posesión, como algo bajo nuestro control que podemos usar a nuestro antojo sin consecuencias. Empezar a considerar la casa común como un don es el primer paso hacia un cambio auténtico. Cuando recibimos un regalo de alguien, no hay ofensa mayor que romperlo, estropearlo o tirarlo. ¿Cómo podemos hacer eso con un regalo de Dios? Los pueblos nativos son grandes maestros de gratuidad hacia la Tierra. Saben que no les pertenece, que son sus guardianes. Por desgracia, los occidentales seguimos impregnados de prejuicios coloniales. Como australiana, conozco bien los horrores a los que nos ha llevado ese sentimiento de superioridad. Los aborígenes eran masacrados a pocos cientos de kilómetros de donde nací y ahora estamos empezando a afrontar esta historia dolorosa. Y no es solo mi país. Todo el Norte del planeta tiene dificultades para aceptar que tiene mucho que aprender de aquellos a los que absurdamente consideró inferiores.

Adele Howard durante una filmación en el desierto de Tanami



El mundo custodiado como un acto de fe

En los huertos, en las hileras de viñedos, en las colmenas y en los prados de pastoreo, las comunidades religiosas femeninas combinan desde hace siglos la vida contemplativa con el cuidado de la tierra. Una costumbre que hoy adquiere formas nuevas y conscientes: cuidar de la creación no solo como un gesto de auto sustento, sino como un acto de fidelidad al Evangelio y una práctica de justicia social. No se trata de "hacer artesanía" o de producir algún excedente para el mercado local; es un modelo que replantea la relación entre espiritualidad, economía y medio ambiente, transformando el monasterio en un laboratorio de sostenibilidad.

En Estados Unidos, las benedictinas de la abadía de Regina Laudis, en Bethlehem, Connecticut, muestran esta vocación. En las últimas décadas, la comunidad ha organizado la gestión del suelo mediante prácticas de compostaje, cuidado de los pastos y protección de las zonas húmedas, colaborando con organismos públicos para salvaguardar el agua y la biodiversidad. Su labor integra agricultura orgánica, ganadería responsable, reforestación y control de la erosión. La tierra no es solo fuente de sustento, sino parte integral de la vida monástica que debe ser cuidada con el mismo rigor con el que se mimá la liturgia.

En Italia, las trapenses de Vitorchiano han apostado por las frutas y hortalizas locales transformándolas en mermeladas y conservas reconocidas por la calidad y la sencillez de sus métodos de elaboración. No es una actividad económica marginal: es una forma de preservar las variedades locales, mantener viva la cadena corta de producción y reforzar el vínculo con el territorio, evitando la homogeneización impuesta por el mercado global.

El mismo principio anima a otras comunidades italianas como las agustinas de Rossano, en Calabria, que han creado jardines que combinan biodiversidad y acogida; las clarisas franciscanas de Lecce, que han construido un monasterio íntegramente de madera, con un impacto ambiental casi nulo; o las clarisas de Sant'Agata Feltria, en Emilia-Romaña, que han optado por la energía geotérmica para reducir el consumo

La sostenibilidad es una práctica espiritual en los monasterios



energético. En contextos diferentes, el compromiso adopta formas igualmente concretas. En Filipinas, algunas misioneras benedictinas han puesto en marcha proyectos de reforestación de manglares, indispensables para proteger las costas de la erosión y aumentar la resiliencia climática. Además de plantar nuevos manglares, las religiosas han organizado cursos de formación ambiental para pescadores y comunidades locales, de modo que la protección del ecosistema se convierta en una responsabilidad compartida.

En Zambia, las Hermanas del Espíritu Santo trabajan con los agricultores de las

aldeas para difundir prácticas ecológicamente sostenibles: rotación de cultivos, uso de fertilizantes naturales y recolección de agua de lluvia. Técnicas sencillas, pero decisivas para garantizar la supervivencia en zonas ya afectadas por la sequía.

Referente ecológico

En América del Norte las benedictinas de Erie, en Pensilvania, fueron de las primeras en experimentar con energías renovables, instalando ya en 1982 un generador eólico. A lo largo de los años han plantado más de 400 árboles autóctonos, iniciado campañas de reforestación, adoptado prácticas



La vendimia en el monasterio de Vitorchiano en el Lacio, una ermita en Erie, Pensilvania, y la granja de la Abadía Regina Laudis en Connecticut.

de gestión del suelo basadas en criterios ecológicos e incluso utilizando cabras para controlar la propagación de plantas invasoras a lo largo de los senderos.

Su compromiso ha recibido reconocimientos civiles y demuestra cómo una comunidad religiosa puede convertirse en un referente ecológico incluso en contextos urbanos o periféricos, con efectos tangibles en la calidad de vida y en la educación ambiental de la población. Esta geografía de experiencias, aunque diversa en sus contextos y lenguajes, revela rasgos comunes: huertos comunitarios y cultivos orgánicos que garantizan alimen-

tos saludables para las comunidades y sus huéspedes; producciones artesanales de bajo impacto (mermeladas, miel, vinos naturales, aceites y cosméticos sencillos que respetan los ingredientes locales y los métodos sostenibles); cuidado de la biodiversidad mediante la elección de especies autóctonas; gestión responsable de los recursos, desde el compostaje y la recuperación del agua hasta la sobriedad energética; y, finalmente, la formación, con talleres, programas de sensibilización y escuelas inspiradas en la *Laudato si'*. En los monasterios, el tiempo litúrgico y el silencio se convierten en instrumentos

para observar los ciclos naturales, adaptar los cultivos y evaluar el impacto de las decisiones. La espiritualidad se traduce en criterio ético de sostenibilidad: no un "verde" superficial, sino una profunda revisión del consumo, la propiedad y la relación con el prójimo.

La opción ecológica requiere a menudo inversiones costosas, como la instalación de sistemas geotérmicos o la construcción de edificios de bajo impacto ambiental. Las pequeñas producciones artesanales son frágiles: basta una crisis logística o un aumento repentino en los costos de transporte para poner en aprietos a comunidades que viven con márgenes muy estrechos. El papel público de las religiosas en la defensa del territorio puede generar tensiones con intereses económicos poderosos: en algunos países, los proyectos de reforestación se han enfrentado a las presiones de compañías extractivas o a planes de expansión urbanística.

Crowdfunding'

En Francia, algunas comunidades monásticas femeninas han recurrido al *crowdfunding* para financiar restauraciones o nuevos proyectos agrícolas, demostrando capacidad de innovación sin renunciar a la tradición. Su estructura comunitaria y no orientada al lucro permite a las religiosas explorar alternativas: economías del don, redes de intercambio y circuitos locales que se convierten en antídotos frente a la lógica depredadora. Un ejemplo lo ofrece el Monasterio Notre-Dame de Compassion, en Martigné-Briand, donde las monjas han puesto en marcha iniciativas para mejorar la eficiencia energética y la gestión sostenible de los recursos, integrando en la vida cotidiana prácticas ecológicas coherentes con la espiritualidad benedictina. Esta visión encuentra su marco teológico y pastoral en *Laudato si'*, que ha proporcionado a las comunidades un lenguaje común y un reconocimiento público.

Son experiencias que revelan cómo los monasterios femeninos han sabido transformar una tradición secular de conocimientos agrícolas y artesanales en un acto político y espiritual: cultivar sin explotar, construir sin consumir, orar cuidando la tierra. Su conversión ecológica no es un lujo, sino una necesidad que interpela a todos. Las religiosas recuerdan que la justicia puede comenzar con un árbol plantado, con un huerto cuidado en común y con una comunidad que decide vivir de otra manera, transformando la vida contemplativa en una acción radicalmente ecológica.



Veinte años de Biblia femenina

Del 4 al 7 de diciembre de 2025, Nápoles acoge un evento de alcance internacional que marca la conclusión de un ambicioso proceso de investigación de veinte años. El congreso *La Biblia y las Mujeres. Exégesis, Cultura y Sociedad*, promovido por el cardenal **Domenico Battaglia** en el marco del cierre del Año Jubilar, presentará los resultados finales de un proyecto enciclopédico en el que han participado unas trescientas investigadoras de distintos países, religiones y confesiones. *Donne Chiesa Mondo* y el Dicasterio para la Comunicación del Vaticano son mediapartner del evento. El proyecto nació en el otoño de 2006 a partir del encuentro entre la biblista austriaca **Irmtraud Fischer** y la historiadora italiana **Adriana Valerio**, ambas comprometidas en la European Society of Women for Theological Research, de la cual fueron presidentas. La urgencia que las impulsó fue la de dar visibilidad a los estudios teológicos de mujeres europeas, a menudo desconocidos incluso entre las especialistas del sector debido a barre-

Navarro Puerto y, después, la historiadora inglesa **Charlotte Methuen**. El resultado es una obra monumental, estructurada en veintiún volúmenes traducidos a cuatro idiomas (italiano, inglés, alemán y español) y publicados por distintas editoriales: *Il Pozzo di Giacobbe*, *SBL*, *Kohlhammer* y *Verbo Divino*. La originalidad del proyecto reside en su enfoque multidisciplinar, que conjuga exégesis bíblica e investigación histórica.

- La primera sección está dedicada al análisis de los textos sagrados: la Biblia hebrea (Torá, Profecía, Escritos) y el Nuevo Testamento (Evangelios y Cartas).
- La segunda sección profundiza en los estudios judíos, desde los escritos apócrifos y pseudoepigráficos hasta el Talmud y la Edad Media judía.
- La tercera y más amplia sección recorre la historia de la exégesis femenina desde los Padres de la Iglesia hasta la época contemporánea, pasando por la Edad Media, las Reformas, el siglo XIX y llegando a la del siglo XX.

Canon hebreo

Una decisión metodológica significativa fue tomar como base el canon hebreo, el Tanaj, con el fin de superar la soberanía interpretativa que el cristianismo ha reivindicado históricamente y restaurar la dignidad de las raíces judías de la tradición bíblica. La inclusión sistemática de la interpretación judía en los volúmenes dedicados a la historia de la exégesis constituye un elemento novedoso y un necesario acto de equidad histórica. La dimensión interconfesional e interreligiosa del proyecto se refleja en la colaboración entre especialistas católicas, protestantes y judías, generando un diálogo raro y valioso dentro del panorama de los estudios bíblicos.

El encuentro de Nápoles estará presidido por el obispo auxiliar **Francesco Beneduce** y por Adriana Valerio. El congreso reunirá a trescientas investigadoras y a unos cincuenta especialistas varones, procedentes de quince países de Europa, América y Oriente Medio. El programa alternará sesiones académicas matutinas, acogidas en la biblioteca histórica fra' Landolfo



Adriana Valerio

Caracciolo con tres sesiones especiales abiertas al público en lugares simbólicos de la ciudad. Tras la intervención inaugural del arzobispo Battaglia, el 4 de diciembre en el claustro de Santa Chiara y el 6 de diciembre en el Pio Monte della Misericordia se debatirá el tema "Biblia y mujeres en diálogo con la cultura de la paz", con la participación del cardenal **José Tolentino de Mendonça**, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, la teóloga **Lucia Vantini** y la periodista **Lucia Capuzzi**. Al día siguiente, en el complejo de Donnaromita, se desarrollará el encuentro titulado "La Palabra que sana: sinfonía de credos contra la violencia" en el que participarán la evangelizadora **Valentina Cason**, la牧ora valdense **Letizia Tomassone** y el teólogo **Dario Vitali**. El 8 de diciembre, la clausura tendrá lugar en la Arciconfraternita dei Pellegrini con una reflexión sobre "Hacia una sociedad inclusiva. Por una ética de las relaciones humanas", en la que intervendrán el moralista **Antonio Autiero**, la política **Rosi Bindi** y la biblista Irmtraud Fischer. Battaglia ofrecerá la reflexión final.



Charlotte Methuen



Irmtraud Fischer

ras lingüísticas y obstáculos académicos y eclesiásticos. Mientras que las escuelas exegéticas feministas estadounidenses gozaban de amplia difusión, las investigaciones italianas, españolas o alemanas difícilmente circulaban más allá de sus fronteras nacionales.

Para superar este "techo de cristal", Fischer y Valerio idearon un proyecto internacional e interconfesional, al que más tarde se sumaron la española **Mercedes**

El camino no ha estado exento de dificultades. La financiación del proyecto, que requirió más de 200.000 euros destinados principalmente a las traducciones, fue posible gracias a becas de la Universidad de Graz, así como a donaciones de fundaciones eclesiásticas y privadas, entre ellas la pionera de las Hermanas de Mary Ward de Madrid y la Fundación Valerio para la Historia de las Mujeres de Nápoles. Una aportación significativa fue la que ofreció también de la curia arzobispal de Nápoles. Fue determinante además el apoyo de la Iglesia Valdense a través de los fondos del 8x1000 con los que se financió la traducción de cuatro volúmenes italianos. En Italia, encontrar una editorial dispuesta a publicar la obra sin ceder a las presiones vaticanas resultó particularmente difícil hasta que intervino con valentía la editorial *Il Pozzo di Giacobbe*.

La importancia de la obra va mucho más allá del ámbito académico. Como subrayan las editoras, la exégesis feminista ha demostrado que muchos textos bíblicos pueden comprenderse de manera menos androcéntrica respecto a la interpretación tradicional. Estereotipos como el de **Eva** la tentadora o la sumisión femenina derivan más de la historia de la recepción



Mercedes Navarro

que del significado original de los textos. Reconstruir la relación entre la Biblia y las mujeres significa, por tanto, desenmascarar las interpretaciones que durante siglos han legitimado la exclusión femenina de los ministerios y recuperar una memoria borrada con demasiada frecuencia. El congreso de Nápoles representa así no solo la celebración de veinte años de investigación internacional, sino también la apertura de un diálogo necesario entre el mundo académico y la sociedad civil sobre temas de ardiente actualidad: desde la construcción de una cultura de paz, hasta la lucha contra la violencia de género, pasando por la ética de las relaciones humanas y la creación de una sociedad verdaderamente inclusiva.



Raffaella Conci: de terrenos confiscados a la mafia nace la economía de la legalidad

CARMEN VOGANI

De la confiscación al renacimiento: los terrenos arrebatados a la mafia convertidos en oportunidades de trabajo y justicia social. Así lo cuenta **Raffaella Conci**, vicepresidenta de Terre Joniche, una cooperativa social que forma parte del Consorcio Libera Terra Mediterráneo, impulsado por la asociación Libera. Asociaciones, nombres y números contra las mafias. Son cien hectáreas en Calabria cultivadas de manera orgánica. Allí se desarrollan proyectos de turismo responsable, campos escuela y programas de formación, demostrando que de la tierra liberada del crimen puede brotar una nueva cultura de legalidad, sostenibilidad y dignidad laboral.

¿Qué significa apostar por un territorio herido por la 'Ndrangheta?

Superar las dinámicas de resignación y construir una contranarrativa de Calabria. A menudo nos dicen que la única solución es marcharse, porque aquí todo está distorsionado por la criminalidad. Además de la gestión normal de una empresa, hay que contar con el pago del *pizzo* (el chantaje) y eso no incentiva las inversiones. Nosotros proponemos una alternativa posible.

¿Cómo?

Gestionamos un bien público siguiendo el principio de una economía sin ánimo de lucro, que –para evitar malentendidos– no es una economía ajena al beneficio, al contrario. Sin embargo, rechazamos las lógicas del mero enriquecimiento individual y elegimos

invertir en el territorio, teniendo en cuenta también el impacto social y ambiental. Somos una empresa real que respeta los derechos, lo opuesto a la economía criminal.

¿Han sufrido intimidaciones?

Las mafias siempre lo intentan porque su idea es: "Si esa propiedad ya no es mía, entonces no debe ser de nadie". Por ejemplo, llegamos a recibir una vivienda confiscada, lista para ser utilizada, pero antes la tiraron abajo. Despues llegaron las amenazas, incluso con balas. El mensaje no lo dirigen solo a la cooperativa, sino a toda la sociedad y es: "Tened cuidado, no sigáis con este proyecto".

¿Cómo se enfrenta al miedo?

Con una respuesta colectiva. Ha habido manifestaciones de solidaridad en toda la provincia. El resultado es que hoy otras asociaciones del territorio han asumido la gestión de bienes confiscados. Hemos roto el muro del silencio.

¿Qué ventaja tiene organizarse en un consorcio?

Trabajamos con una economía de escala, con la posibilidad de utilizar maquinaria compartida para la transformación de los productos y llegar a los supermercados. El consorcio valora los productos, nosotros garantizamos estándares éticos y de calidad. Si el consumidor nos elige, no debe hacerlo solo porque "hace el bien", sino porque el producto es bueno. La marca Libera Terra apoya una economía justa, que paga a los productores de manera digna y rechaza la explotación. Y esto debería ser la norma, no la excepción.

Los Walī: ¿guía o instrumento de control?

ASMA LAMRABET

La tutela masculina sigue vigente en algunos países islámicos

La idea ampliamente difundida según la cual las mujeres musulmanas deben estar siempre bajo tutela masculina también se considera una obligación religiosa. A pesar de las reivindicaciones de reformas legislativas destinadas a liberar a las mujeres de los obstáculos que impiden el pleno ejercicio de su ciudadanía, el sistema de tutela masculina sigue vigente en algunos países islámicos. Su aplicación varía de un país a otro: va desde la tutela requerida únicamente en el momento del matrimonio, hasta la necesidad de permiso para recibir atención médica o para viajar, llegando incluso a considerar a las mujeres como menores durante toda su vida. ¿Deben, por tanto, las mujeres estar legalmente bajo tutela masculina, como sostiene cierta interpretación del islam? Es importante precisar desde el principio que esta tutela no deriva directamente del Corán. Se trata de una cuestión que, como muchas otras, en ausencia de un texto claro, ha sido objeto de evidentes divergencias entre los teólogos de las distintas escuelas jurídicas islámicas. En las obras de jurisprudencia islámica clásica (*fiqh*), la cuestión del tutor para las mujeres reviste cierta importancia, sobre todo, como condición indispensable para la validez del contrato matrimonial.

Sin embargo, en ausencia de pruebas indiscutibles provenientes de las fuentes escriturarias, es decir, el Corán y la Sunna, los antiguos sabios y juristas interpretaron ciertas nociones extraídas del Texto basándose en sus propias opiniones y en las costumbres de la época. No obstante, en sus respectivas conclusiones, todos fueron sin duda muy cuidadosos con un principio fundamental: el derecho de las mujeres a elegir a su propio cónyuge. Este principio, directamente vinculado al objetivo general de la ética coránica sobre el matrimonio, ha condicionado sus interpretaciones. El análisis de los primeros textos jurídicos muestra una cierta variedad interpretativa respecto a lo que significa el walī, un concepto originalmente abierto y flexible. El walī, o representante legal de la mujer, fue entendido en un principio como una

persona –generalmente un familiar cercano– responsable de proteger los intereses de la futura esposa, acompañarla y apoyarla en su elección. Solo con el tiempo surgió una lectura misógina que confirió al walī una autoridad patriarcal, abriendo así el camino a la coerción y al abuso de poder.

El walī se justifica con argumentos religiosos, pero no deriva de los textos sagrados. Producto puro del *fiqh*, es por tanto un concepto jurídico que originalmente simbolizaba un apoyo moral a la familia y que, con el declive del pensamiento islámico, se transformó en un poder autoritario. De hecho, durante el proceso de

codificación de la jurisprudencia islámica, los juristas musulmanes elaboraron un nuevo concepto, el del “tutor impuesto” (walī jabri). Este walī jabri formaba parte de todo el arsenal legal –aún hoy conocido como saddr al-darā'i– destinado a prevenir y combatir la decadencia moral. Este conocido concepto de saddr al-darā'i legitimó, en nombre de la religión, abusos legales como los matrimonios de menores, los matrimonios sin el consentimiento de la futura esposa o los matrimonios forzados, e incluso los matrimonios por poder. Todos estos abusos, en abierta contradicción con los principios islámicos y con las



interpretaciones de los primeros juristas, terminaron por conferir al wali un significado peyorativo, en la medida en que se pasó de la tutela de los intereses de la mujer a su pura y simple subordinación, colocándola totalmente bajo tutela y considerándola incapaz de tomar decisiones que le conciernen, privándola de facto de sus derechos más elementales. Para las escuelas malikita y shafi'ita, la aprobación del tutor es una condición sin la cual el contrato matrimonial no es válido. En cambio, para la escuela hanafita y, en menor medida, para los hanbalíes, el permiso del tutor no es indispensable para la celebración del matrimonio. Para los seguidores de **Abu Hanifa**, una mujer adulta y en pleno uso de sus facultades puede celebrar por sí misma un contrato matrimonial sin consultar a su tutor.

La tradición del Profeta no es categórica en este tema y, también en este caso, los juristas musulmanes han ofrecido distintas interpretaciones, a veces incluso divergentes. Todos coinciden en que, siendo

el matrimonio un contrato que une a dos personas con vistas a una vida en común, su consentimiento mutuo es esencial, incluso indispensable, para la validez del contrato. Por tanto, incluso los estudiosos que consideran obligatorio al tutor establecen que este no puede obligar a una mujer a casarse con un hombre contra su voluntad. Este es un principio fundamental del islam que siempre debe tenerse presente. El islam garantiza a la mujer el derecho de aceptar o rechazar cualquier propuesta de matrimonio, y el tutor es, en todo caso, "un derecho de la futura esposa", destinado a asegurarle protección, apoyo y defensa. No debe olvidarse que todas estas normas fueron concebidas y formuladas, ante todo, para sostener el principio de libertad garantizado por el Corán, pero también estuvieron condicionadas por el contexto cultural de una sociedad patriarcal en la que las mujeres estaban la mayoría de las veces sometidas a una discriminación tradicional. De ahí la necesidad de la presencia de un pariente varón, es decir, de un tutor que debía proteger los intereses de la futura esposa.

Conclusión

Lo que se desprende del análisis de las distintas opiniones jurídicas sobre este tema es, ante todo, la importancia de la libertad de las mujeres para elegir a su futuro esposo. La mayoría de los juristas coincide en que cualquier autoridad, familiar o de otro tipo, que impida un matrimonio libremente aceptado por ambas partes es inadmisible. Finalmente, no existe ninguna prueba tangible que establezca la obligatoriedad del wali o tutor, ni en el Corán ni en la tradición del Profeta. Es importante precisar que conceder esta libertad de elección a las mujeres no implica excluir a los familiares ni negar a los parientes cercanos el derecho a aconsejar a la futura esposa o al futuro marido. Se trata, ante todo, de dar prioridad al hecho de que la mujer esté convencida de su elección –una elección hecha con plena libertad, sin ninguna presión por parte de quienes la rodean–. Esta decisión debe tomarse en un clima familiar de comprensión, diálogo y serenidad. La presencia de los familiares junto a la mujer constituye siempre un gran apoyo moral, y el respeto de los vínculos familiares debe mantenerse sin que haya abuso de una parte ni de la otra.

(extracto de "Donne e Islam- Le questioni controverse" de Asma Lamrabet, Sara Borrillo, ed. Storia e Letteratura)



Expectativas en Canterbury

El nombramiento de **Sarah Mullally** como arzobispa de Canterbury marca un hito en la historia de la Iglesia de Inglaterra. Con 85 millones de fieles en 165 países, la Comunión Anglicana tendrá por primera vez a una mujer como primada, una figura con una amplia trayectoria profesional y pastoral. Ex enfermera de 63 años, casada y madre de dos hijos, fue ordenada sacerdote en 2001 y obispa en 2015 y ha dirigido la diócesis de Londres desde 2018. La nueva arzobispa ha manifestado su deseo de promover "una cultura de la seguridad y el bienestar" y de ser "una guía pastoral que permita que el ministerio y la vocación de todos florezcan". La referencia al tema de la protección no es anecdótica ya que la Iglesia de Inglaterra está saliendo de años difíciles, marcados por las consecuencias de los escándalos de abuso y la dimisión de **Justin Welby** tras doce años como arzobispo de Canterbury. Su nombramiento ha reavivado las tensiones dentro de la Comunión Anglicana, concretamente con las provincias africanas y asiáticas donde no se reconoce la ordenación femenina. El Primado de Ruanda, **Laurent Mbanda**, afirmó que "la mayoría de anglicanos sigue creyendo que la Biblia exige un episcopado masculino"; mientras que el Primado de Nigeria, **Henry Ndukuba**, habló de una ruptura con la Iglesia madre del anglicanismo.

Mullally apoyó las bendiciones para parejas del mismo sexo, pero se opuso a la revisión de la doctrina sobre el matrimonio. Su postura es recibida con respeto, pero también con reservas por parte del ala más conservadora. Apuesta por el diálogo ecuménico. En una carta "para expresar los más sinceros buenos deseos de parte de la Iglesia Católica", el cardenal **Kurt Koch**, prefecto del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, recordó los sesenta años de diálogo entre la Iglesia Católica y la Comunión Anglicana".



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



Universidad patrocinadora de este suplemento